

El movimiento de la reforma universitaria había comenzado en Córdoba. Entre sus causas principales se encuentra el bajo nivel de los estudios universitarios, el enquistamiento social de la Universidad cuando comienzan a llegar a ella los hijos de los inmigrantes, los cambios políticos del país, el clima de postguerra y la repercusión de la revolución rusa. En el primer aspecto la enseñanza dejaba mucho que desear. Los profesores no hacían de ella y de la investigación, la actitud fundamental de su vida. En la de Buenos Aires estaban a ratos en la Universidad y a ratos en la magistratura judicial, en las cámaras, en los ministerios, en las funciones públicas encumbradas, o simplemente en la explotación técnica y profesional de sus conocimientos. Un profesor de oftalmología, de buenas a primeras, pasaba a enseñar química, y el de química iba a la cátedra de botánica. O bien ocurría que el profesor de semiología distribuía los temas de su programa entre los alumnos y eran éstos los que los desarrollaban en el curso.

En la Universidad de Córdoba, no se sorteaban los temas en los exámenes, sino que los daba directamente el profesor de la materia. Esta práctica dio lugar a los famosos pálpitos. ¡Los pálpitos! Los alumnos iban a las casas de los profesores y ni cortos ni perezosos les pedían los temas de los exámenes. Los profesores echaban sapos y culebras, pero al fin se los daban, porque no había manera de que los alumnos se fuesen del portal. Y ocurrían las cosas más pintorescas. Allá por el año 1902, los alumnos de farmacia y los de medicina, se acercaban a la casa del sabio alemán Franz Kühn a pedir los pálpitos. Un día fue un grupo de estudiantes, entre los que había dos Rodríguez. Después de mucho rezongar, Kühn les distribuyó los temas. A los Rodríguez les tocó naturalmente temas diferentes: a uno gramíneas y al otro cactáceas. El día del examen no va Kühn y cambia los temas. Ante la hilaridad de toda la sala, uno de los Rodríguez le decía al presidente de la mesa examinadora: "¡Pero doctor, gramíneas no es mi pálpito! Es de aquel que está allá, es de «pan bollo»". Así llamaban de sobrenombre a su homónimo. Las cátedras no se proveían por concurso, sino que se daban por razones de simpatía política y de nivel social.

En lo social las cosas no eran menos irritantes. Alrededor de 1900, comenzaron a llegar a las aulas universitarias del país los descendientes de los inmigrantes europeos. La Universidad de Córdoba estaba en manos de los apellidos tradicionales. Desde la calle 25 de abril hasta Caseros, por las calles Deán Funes, Trejo y Sanabria, por la calle del Colegio Nacional hasta la Universidad, iba la fila de coches, con los cocheros tiesos en los pescantes, vestidos de librea y galera con borla.

En el invierno llevaban manta sobre las piernas. En tales carruajes concurrían a la Universidad los estudiantes de apellidos ilustres. Los otros eran los "importados", por no decir los inmigrantes. Como estos últimos eran generalmente activos y desbordaban en vitalidad, terminaron por ir creando fuera de las aulas lo que éstas no les daban. De aquellos polvos salieron después estos lodos, como dice el refrán. Se reunían hasta en viejas casas de remates, y allí con la dirección de algunos de ellos, se daban a discutir asuntos científicos, filosóficos, políticos, sociales y universitarios. Una de aquellas asociaciones, "El Litoral", que funcionaba en la calle San Jerónimo era dirigida por Luis Moreno, estudiante que pertenecía a las familias distinguidas de Córdoba.

Los métodos directivos de la Universidad no cambiaban. Pasaba un poco lo que en *Sueños de una noche de verano*, de Shakespeare, cuando Puck y Oberón exprimen sobre los ojos de Titania los jugos de una planta y hacen que aquélla vea maravillas hasta en los que pasaban por el bosque con trazas de burro. Algunos profesores veían que la conmoción se podía producir en cualquier momento, pero eran pocos y nada podían contra los intereses materiales y la estupidez humana. Cuando la tormenta llegó arreció con fuerza y la esfinge con cabeza de asno rodó al suelo: ¡estaba vacía!

La reforma universitaria estalló cuando terminaba la guerra europea y se producía la revolución rusa y el triunfo del maximalismo, como se le llamaba por aquellos años. En la política nacional el radicalismo llegaba al poder. Estos cambios influyeron en los planteos universitarios y los impregnaron de tintes políticos. Unos abominaban de la conmoción en nombre de cosas razonables, pero que, como tónica general, no se había conocido en la Universidad: la vida científica, el respeto intelectual, la idoneidad, la imparcialidad, las jerarquías universitarias. Titania había despertado demasiado tarde. Otros veían en la reforma la expresión de la lucha de clases y la ocasión de tener en sus manos todo el aparato universitario, ya sea por medios eleccionarios o ya por los violentos. Eran los socialistas y los maximalistas. Los que habían llegado al poder político del país, los radicales, veían en la reforma el medio de desbaratar los planes de los conservadores que vivían atrincherados en la Universidad. Todas estas razones explican que el movimiento de la reforma no haya podido concretar sus aspiraciones en propósitos claros y desinteresadamente universitarios. La bibliografía está invadida por estas orientaciones parciales y combativas, como ocurre con los libros de Julio V. González, Carlos Sánchez Viamonte,

Matías Sánchez Sorondo y tantos otros. Quizá lo más inteligente que se haya escrito sobre la reforma universitaria sea el libro de Carlos Cossio, *La Reforma Universitaria y el Problema de la Nueva Generación*, y el de Enrique Gaviola, *Reforma de la Universidad Argentina*. La auténtica reforma universitaria, que no puede ser otra que la cultural y de la inteligencia, de los métodos directivos de investigación y de enseñanza, a muy pocos realmente les interesaba.

El hacer de la reforma un problema predominantemente político, trajo como consecuencia que llegaran a la Universidad las pasiones de la calle, con el envilecimiento frecuente de profesores y alumnos. Carmelo Bonet, un testigo de la época, nos dice: "Se relajó a menudo el sentido de la jerarquía. Proliferó el estudiante político, el estudiante que vivía ardorosamente y gozosamente las luchas electorales. Aparecieron líderes, caudillos, tribunos. Surgieron 'partidos' y campañas como la de la política grande, con asambleas ruidosas, programas de acción, manifiestos, discursos inflamados, volantes, panfletos, literatura pasional. Se acortaron las distancias entre el profesor y el alumno, a la manera europea. El profesor olímpico era ya un anacronismo, pero surgió el profesor 'muchachista' y el decano demagogo; el profesor político que canalizaba en beneficio propio la sinceridad, el entusiasmo y la buena fe de la masa estudiantil". Este mezquino y deleznable trasplante de las pasiones políticas, hizo perder de vista la auténtica reforma, que no podía hacerse sino en la tercera dimensión y no en la superficie de las prácticas eleccionarias. En la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, las cosas tomaron otro rumbo gracias a la actuación de sus tres primeros decanos, a partir de 1918: Alejandro Korn, Ricardo Rojas y Coriolano Alberini. Pero este aspecto, merece una consideración aparte, que figura en un libro que dedicamos al estudio de los antecedentes, origen y desarrollo de aquella Facultad.

FILOSOFIA DE LA REFORMA UNIVERSITARIA

Las ideas de Alberini acerca de la reforma universitaria están contenidas en su trabajo inédito *La reforma universitaria y la Facultad de Filosofía y Letras*, que constituye en realidad una filosofía del mencionado movimiento universitario. Data del año 1928. Vuelve sobre el tema en un discurso sobre *La Patria en la Universidad*, que pronunciara en su calidad de Vicerrector de la Universidad de Buenos Aires, el 3 de julio de 1941. El pensamiento de Alberini sobre la cuestión no es la corriente. Critica la universidad vieja y critica la llamada universidad nueva,

desde una interpretación que, en rigor, no admite la política. De la primera dice que "no fue, en síntesis, sino una expresión de cierta oligarquía que tuvo de la ciencia un sentimiento fundamentalmente utilitario. Sólo fue profesional y técnica, y aun como técnica careció de valor. Limitóse a cultivar un vago pragmatismo, pues la riqueza del país florecía con el trabajo y el capital extranjero. Creó, eso sí, y hay que alabárselo, la atmósfera liberal como condición de la prosperidad vegetativa. . . . Los hombres de la oligarquía porteña eran finos pirrónicos prácticos. Solían hablar con elegancia y buen sentido conservador. En los últimos tiempos caían en suave deliquo con Anatole France, quien pensaba por ellos. En cambio, el maestro llegó al escepticismo a través del dolor de pensar. La prole porteña limitóse al correteo por el jardín de Epicuro, donde tomaban una violeta seca y se la colocaban en el frac como suprema flor de sabiduría filosófica, exenta de inquietud metafísica. Y ya sabemos que acababan siempre en muelles conservadores. No obstante esta oligarquía hizo alguna cosa estimable, por ejemplo, infundió en nuestro espíritu cierto culto de la tolerancia, que es uno de los rasgos más simpáticos del espíritu argentino y, sobre todo, porteño. . . . ¿Qué le place a esta fina aristocracia frumentaria? El enriquecimiento fácil, gloria del 90; el brillo mundano y la posición política. Es por ende, una generación esencialmente pragmática, y si, por ventura llega a la obra intelectual pergeña libros exentos, por lo común, de sustancia intrínseca y con cierto aire de colonia emancipada no ha mucho. Cuando deja la política es para caer en el diletantismo de la ciencia. . . . Tal es en síntesis el balance de la generación del 80, si ponemos en su conciencia honda mirada crítica. Tuvo, sin duda, sus méritos tan positiva época; es humano admitir que fue lo que pudo ser". A través de los pasajes citados, se dibuja con precisión las vistas que Alberini tiene de la vieja universidad y de sus hombres. Es realista y bien acerada.

La nueva universidad, por su parte, no le llama a engaño. Una cosa fueron los primeros pasos de la reforma otra muy distinta los tintes políticos y pragmáticos que adquirió más tarde. También aquí falta "instaurar la universidad en torno de lo que constituye la esencia ética: la pasión de la verdad pura". Las deformaciones políticas de la reforma hizo que la nueva universidad fuera casi tan frágil como la anterior. "La reforma resuelve, por obra de algunos, fijar su domicilio en el Sinaí, del redentorismo social a corto plazo y con métodos amables. Petróleo, yanquismo, bolivarismo, decadencia de Europa, visión providencial de América, merced a la sangre latina de todos sus componentes,

Nicaragua, pastorales universitarias, etc. Estalla, en suma, en una tropicalísima nube retórica". Aparecen los gruesos retóricos. ¿Qué esperan éstos de la Universidad? Alberini responde que "un gimnasio donde debemos entrenarnos verbalmente para probables hazañas históricas. Entretanto, mientras llega la hora palingenésica, cultiva la industria electoral del idealismo juvenil... Se trata del eterno tipo dominante en la universidad argentina, o sea, del afincado en la universidad, nuevo soñador de gloria política más que hombre de estudio. Concebe la universidad como la antesala de la función pública. Le place la nombradía fácil antes que un decoroso prestigio intrínseco. Más aún: ni siquiera es un verdadero hombre público. No le sobra pasta de tal, pues más que la acción efectiva, cultiva la retórica de la acción". Repite el caso frecuente entre nosotros del hombre de vocación imprecisa, resultando así que ni es hombre de gobierno ni hombre de pensamiento". Tal es la visión que tiene Alberini de la nueva Universidad, la que no resulta tan nueva, pues adolece de las mismas fallas que la de antes. A la postre resulta tan pragmatista la forma mental de los hombres de la vieja universidad como la de los hombres de la nueva, aunque en el último caso se trate de un pragmatismo idealista o, si se prefiere, de un pragmatismo del idealismo.

El concepto de reforma universitaria de Alberini difiere de las concepciones corrientes. Su actitud es de tercera posición y sin política. No habrá nueva Universidad, a su juicio, mientras no haya en el país un rincón donde la mente argentina pueda funcionar como "hogar de los supremos valores del espíritu, vale decir, libre de entorpecimiento pragmatista". La reforma universitaria debe ser ante todo reforma de la forma mental argentina, reforma en profundidad, cumplida dentro de los moldes democráticos, en función de la ciencia y no de la política. Los que sueñan — dice Alberini — con una universidad política reaccionaria o revolucionaria, "en el fondo son escépticos utilitarios, cosa frecuente en los temperamentos pragmáticos". La Universidad debe tener, en suma, espíritu indicativo y no ejecutivo.

¿Cuáles son los rasgos singularizadores de la verdadera universidad reformada, o si se quiere de la universidad de veras? En su filosofía de la reforma universitaria, Alberini señala los principales. El primero de todos es, naturalmente, lo que él llama a veces "el lirismo de la verdad", que asegura una enérgica vida intelectual autónoma, sin la cual no hay verdadera universidad. El segundo rasgo es la índole problemática que debe tener el pensamiento universitario. "Todos los

problemas — dice Alberini — deben llegar a la universidad todos, aun los llamados peligrosos, precisamente porque los problemas constituyen el motor espiritual del pensamiento. Los problemas nunca son peligrosos. Sólo hay peligro en adoptar automáticamente tal o cual solución. La universidad no debe ser órgano de ninguna creencia caduca, ni de creencia personal alguna. “La universidad acentúa más el espíritu de solución que el de problema enerva su dinámica creadora, y en definitiva aniquila la posibilidad de nuevas soluciones. Alberini da un ejemplo: “la negación de Mach, inspirada en Hume, socavó los conceptos de espacio y tiempo absolutos, hasta entonces doctrina oficial. Sin Mach, probablemente no tendríamos a Einstein”. Las soluciones, por gloriosas que sean, no deben absorber la virtud creadora del espíritu. El tercer rasgo consiste en que la universidad no debe quebrar la libertad de pensamiento y con ella la personalidad humana. Alberini aclara el alcance que da a la expresión “libertad de pensamiento” cuando dice: “Claro está que al hablar de libertad de pensamiento no nos referiremos sólo al derecho de expresión pura de las convicciones, sino también, y de modo firme, a la libertad con pensamiento, pues no hay libertad de pensamiento sin pensamiento alerta de la íntima libertad. Se puede vociferar la libertad y ser un autómatas más o menos consciente. No basta el cultivo de la libertad, se necesita repudiar toda filosofía que, directa o indirectamente, niega esa libertad que es la libertad de las libertades, pues sólo mediante ella el hombre es persona y no autómatas”. Por aquí el carácter libre del pensamiento universitario se liga con el cultivo de la personalidad humana. No se puede definir a ésta sin el ingrediente de la libertad íntima, condición filosófica de todas las libertades jurídicas. No sólo se puede astillar la libertad desde afuera, por medio de la coacción, sino también por dentro, por medio de las doctrinas que la niegan. “La personalidad — escribe Alberini — vive sin duda en sus valores, pero la fuerza creadora vale más que lo creado. He aquí el único principio vital de una verdadera universidad que, por serlo, es libre, es esencialmente libre, aun siendo universidad oficial. Un instituto universitario no debe creer sino en aquello que es condición absoluta de su existencia. Por ejemplo, ante todo tendrá fe en el pensamiento humano y en la índole democrática del espíritu, el cual sólo es espiritualmente aristocrático cuando logra el sentido de su esencia absoluta, que es la libertad. La aristocracia del espíritu no es otra cosa que la conciencia de esa libertad. Esta aristocracia está al alcance de todo hombre. Para tenerla le bastará para erigirse en persona, que es el

deber de todo humano, si quiera ser tal". La claridad de los pasajes hace innecesaria cualquier abundamiento. Sólo queremos señalar que estas ideas explican la actitud docente de Alberini de rechazar la formación de discípulos, porque el objetivo humanístico de la universidad es el cultivo de la personalidad de los alumnos. En nuestro ambiente la pretendida formación de discípulos, suele ir acompañada de implicancias políticas y de dominio, que muchas veces llega hasta asumir los contornos de una verdadera dictadura espiritual de los viejos, que dejan ignominiosamente la juventud de lado, aunque pululen los llamados maestros de juventud, que son los que precisamente ejercen aquel dominio senil. El cuarto rasgo se refiere a la pedagogía de la auténtica universidad. Las universidades comprometidas, la de Napoleón, la de Lenin, la de Mussolini o cualquier otra, tienen una pedagogía que va contra los caracteres señalados más arriba. Es una pedagogía que sostiene, en el fondo, que el espíritu del estudiante es "un pedazo de roca trocable en forma automática a golpe de cincel sectario". "Es — escribe Alberini — la santa extorsión pedagógica del Estado en homenaje de un credo político, cuyos cultores, con dogmatismo intrépido, creen ser el único y sacrosanto. Nada más temible y mortífero para la universidad que estos ciegos místicos de la propia fe". "...la fe política, aun cuando sea la más fanática y se identifique con la providencia, no tiene ningún derecho a trocar la universidad en órgano de una clase, aun cuando se trate de una clase empeñada, con razón o sin ella, en identificarse con toda la sociedad. El mundo social es espíritu, pero el espíritu es algo más que la sociedad, y ésta mucho menos que el espíritu posible". La libertad supone la persona y ésta implica la individualidad. Además la libertad del hombre es cronotópica, es decir, depende del tiempo y el espacio.

Otro rasgo singularizador de la verdadera universidad es, según Alberini, la conciliación de la teoría con la práctica, sin la cual ambas resultan infecundas. La teoría tiene forzosamente consecuencias prácticas y la práctica plantea problemas teóricos. Una y otra se fecundan recíprocamente. Si se aísla la práctica del fermento teórico se vuelve rutinaria y termina por anquilosarse. Si se desvincula la teoría de la técnica y la aplicación, pierde la universidad vitalidad y termina por carecer de virtualidad creadora y progresista. Alberini lo dice con una hermosa imagen: "Hay, pues, en el libre pensar puro una e insospechada virtualidad pragmática, los espíritus de la potente vocación especulativa parecen vivir en los más altos picos del pensamiento, a veces entre nubes. Pero, de cuando en cuando, desde la cumbre invisible

cae al valle de la rutina una piedra que los hombres pragmáticos cincelan con mano práctica para la reforma física y moral del mundo". El sexto rasgo caracterizador se refiere al profesorado. Desde luego no se concibe una universidad con los caracteres precedente sin un profesorado enteramente dedicado a la ciencia, a la cátedra, lo cual no implica formar una casta de hombres exentos de vida cívica. "Cada uno — señala Alberini —, profesor o estudiante, tendrá las ideas políticas o de otro orden que le imponga su conciencia, pero a la Universidad no le conviene jamás estar a merced de los alaridos de la pasión militante. El hombre de estudio sirve a la sociedad a su codo, lo cual no implica entregarse a formas de lucha que dominaría su espíritu a costa del trabajo científico, el cual tiene también una función civil". La cátedra se ofrece en nombre de la verdad y no de una facción militante. El crecimiento de la universidad no ha de ser logrado únicamente por un proceso de endósmosis, sino también de exósmosis.

El séptimo rasgo que singulariza la filosofía de la reforma de Alberini es el que se refiere a la acción social de la universidad. Además de otorgar títulos y de formar hombres diestros en los distintos ramos de las ciencias y los estudios, es preciso contar con la extensión universitaria. Más que en la extensión un tanto efectista y poco acorde con la cultura superior, Alberini piensa en la acción directa de la universidad sobre otros institutos de enseñanza, con propósito de darle a la extensión universitaria el papel de renovadora de los criterios y los saberes. "Sin duda, expresa Alberini, la universidad debe ser social, pero lo es en la medida en que se subordina a los valores fundamentales del espíritu. La ciencia pura, que supone libertad inagotable en la investigación, es uno de ellos. Admitir el carácter absoluto del pragmatismo sociológico importa destruir el fundamento teórico, creador, precisamente, de las formas utilitarias. Se diría que quien quiere apoderarse de los huevos de oro descuida la gallina. Hasta prefieren que la política se los coma. Y no se diga que combatir este absurdo es caer en el intelectualismo. De lo que, por otra parte, nuestra universidad jamás ~~ha pecado~~. Sería extraño postular una universidad anti-intelectual. Bien está que haya extensión universitaria y que la universidad colabore en la dignificación de las masas, pero para ello es indispensable contar con algo serio que extender. Una extensión de escasa ley intelectual vale más dejársela a la escuela primaria o al colegio nacional, enseñanzas ambas renovables mediante la extensión universitaria. Esta tarea, empero, exige que el universitario investigador disfrute de suprema libertad intelectual. De lo contrario, será un

mecanismo de divulgación de dogmas y lugares comunes, sea el que fuere su color. Hablar de universidad marxista es tan absurdo como hablar de universidad protestante o católica. Equivale a agotar el espíritu en una de sus posiciones. Si quiere ser creadora, y por ende útil al pueblo, la universidad debe usar ampliamente el derecho de no enervar el espíritu de verdad. La universidad no debe colgarse al flanco una voluntad científica definitiva, puesto que mataría la inquietud progresista. He aquí, por lo tanto, el peligro de exagerar la función pragmática de la universidad. El dogma utilitario es obra del espíritu, pero — repitiendo el conocido símil — el peso del fruto pragmático no debe quebrar el árbol de la ciencia teórica y libre. Todo debe discutirse en la universidad, pero con espíritu científico, o sea, sin sectarismo. Vociferar un dogma no implica comprenderlo”⁽¹⁾. El pasaje es tan claro y está tan bien dibujado el pensamiento que sobran comentarios.

Queda, por fin, el papel que tendrían los estudiantes en una universidad así concebida. Alberini propugna decididamente la intervención fecunda de los estudiantes en los distintos aspectos de la vida universitaria. Hay dos posiciones erróneas en esta cuestión: unos no comprenden la importancia del fermento estudiantil en el progreso de la universidad y creen que los estudiantes pueden convertir a la universidad en una especie de patriarcado de impúberes. Los otros, pervierten el estudiantado con una retórica de agitación del “más puro gusto extrauniversitario”. Con su habitual manera de enseñar riendo, Alberini critica ambas posturas. “No pocos ‘reaccionarios’ y ‘reformistas’ — diremos para aplicar el léxico corriente — tienen un común denominador: la ausencia de enérgica y pura pasión intelectual. Tirados bajo el árbol de la ciencia, devoran ruidosamente los frutos, unos secos, otros verdes, y nada les importa la perennidad del árbol, amén de que, a menudo, corren el riesgo de ignorar la naturaleza del comestible. Es inútil que se maltraten. Son hermanos de leche pragmática. Como Caín y Abel, pero hermanos. Unos están, tengan o no conciencia de ello, dentro de la forma oligárquica del pragmatismo criollo. Los otros, más inquietos, prefieren la forma demófila, a base de retórica claro está. No diré lo mismo de todos; pero, fuera de dudas, que los corifeos de ambas tendencias tienen, en el fondo, idéntica mentalidad respecto del proble-

(1) Coriolano Alberini: “Universidad, cultura y profesionalismo”. Diario “Crítica”, 23 de junio de 1930, Buenos Aires.

ma universitario... Los viejos hablan de disciplina, lo cual está muy bien, pero no lo hacen en homenaje a la ciencia, sino por motivos extra-universitarios. Lógico resulta, pues, que semejante concepto de universidad acabe por fomentar el doctorismo profesional o político. Sólo el sentido lírico de la ciencia, cultivado en un ambiente universitario noblemente democrático, podrá contribuir al advenimiento de una cultura autónoma, dentro de la universidad: a la formación de un profesionalismo elevado y a una enseñanza superior de hondo y amplio interés social. Esta sería la obra de una universidad humanista, si fuéramos capaces de crearla... " (2).

Alberini piensa que la personalidad estudiantil puede prestar gran contribución a la reforma intelectual. Para ello hay que imprimir al fermento juvenil un sentido específicamente universitario. En su participación en los asuntos universitarios, hay que convencer a los estudiantes que su voto simboliza su eficiencia como personalidad humana. Su voto es un derecho, pero también un deber para los intereses fundamentales de la cultura universitaria. Ambos derecho y saber, son formas de la dignidad humana. No hay que confundir el idealismo juvenil como fuerza espiritual con la exuberancia biológica. Corresponde a los profesores convertir el ímpetu juvenil en fuerza espiritual. En el aspecto docente ello tiene sus ventajas. La tensión incitante de los alumnos evita la petrificación académica de los profesores. La naturaleza de las cosas hace que éstos, al cabo de los años, se sientan acechados por los automatismos de la vida mental. A su vez los alumnos hallan en torno de la cátedra "una atmósfera cálida y estimulante capaz de hacerles sentir en lo hondo del espíritu la eclosión de su personalidad virtual". Los profesores, por su parte, gracias a la incitación juvenil, se elevan a lo mejor de sí mismos. "La educación — piensa Alberini — supone esa recíproca fecundación espiritual de dos personalidades, una madura, la otra a punto de serlo". De esta manera tanto los profesores como los alumnos contribuyen a evitar la degeneración académica o dogmática en la vida universitaria. De allí que no haya inconveniente alguno en que los alumnos tengan representación directa en los Consejos Universitarios, siempre claro está que esta intervención tenga un carácter específicamente universitario.

¿Qué le falta a la universidad argentina para llegar a ser la verdadera universidad? Lo que le falta al país, dice Alberini: el sentimiento

(2) Coriolano Alberini: "Universidad, cultura y profesionalismo". Trabajo citado.

vigoroso de una libre cultura. "Habr  nueva universidad cuando el profesorado lo sea totalmente de veras; cuando los estudiantes se identifiquen con la esencia de la universidad; cuando el Estado sólo se ocupe de las universidades para dotarlas ampliamente, con el objeto de procurarles edificios, seminarios, laboratorios, etc., y también movido por un sentir realmente democrático que permita el carácter absolutamente gratuito de la enseñanza universitaria, de tal manera que la selección se haga de acuerdo con el principio intelectual y no financiero. Entonces la reforma universitaria será cultural a fuerza de ser democrática, y lo será mucho más cuando los profesores y estudiantes y hombres de estudio conciban la universidad como instrumento destinado a reformar nuestra mentalidad colectiva, llegando a despojarla de su índole excesivamente pragmática. Se crear  así una técnica propia y la inteligencia argentina habrá conseguido el sentido de la ciencia pura". Las Facultades humanísticas tienen un gran papel que cumplir en esta tarea de suscitar el amor a la cultura integral y el sentido desinteresado de las ciencias.

Las ideas de Alberini acerca de la reforma universitaria no sólo est n en su trabajo inédito *La Reforma Universitaria y la Facultad de Filosofía y Letras*, sino que figuran también en su artículo sobre *Universidad, Cultura y Profesionalismo* y en su discurso sobre *La Patria en la Universidad*. En este último insiste en sus ideas sobre la filosofía de la reforma, como cuando dice: "Cuando la Universidad sea exclusivamente la serena casa de la ciencia, sólo habitada por profesores y alumnos dignos de serlo, y viva en una atmósfera de disciplina cordial, ajena, en consecuencia, a toda dogmática bravía o vacuo diletanismo, surgirá, por fin, la auténtica reforma universitaria. La forma del progreso de la Universidad de Buenos Aires, y de las otras, está exactamente en las *Bases* que figuran al frente de su actual Estatuto. Hemos tenido el honor de proponerlas y lograr su aprobación siquiera platónica. No ignoramos que, por ahora, saben a utopía. Dejarán de serlo cuando en la Universidad no haya sino universitarios. La Universidad, instituto supremo del saber, merecerá entonces este pensamiento de un gran poeta argentino, Leopoldo Lugones: «La escuela, como que es terreno de labranza, no retumba, y la evidencia de su beneficio tiene

(3) Coriolano Alberini: "La Patria en la Universidad". Diario "La Nación", 5 de julio de 1941, Buenos Aires.

el propio silencio de la luz»⁽³⁾. Semejante ideal no es imposible de alcanzar, como lo muestran desde siglos las viejas universidades europeas. Depende de los maestros y de los alumnos. Unos y otros tienen la culpa de que no se haya logrado aún la convivencia espiritual. el respeto mutuo, el reconocimiento de las jerarquías universitarias, condiciones sin las cuales "un centro de estudios puede ser una institución oficial muy rica, con una población escolar nutrida, con grandes gabinetes y buenas bibliotecas, pero no es una universidad. La Universidad es, ante todo y sobre todo, un centro espiritual que no puede vivir sino de las relaciones humanas y espirituales, que no se dejan atrapar en artículos de estatutos". Por desgracia, lo común es que se dé más importancia a las formas estatutarias que a la renovación espiritual, quizá porque es más fácil redactar un artículo de reglamento que dar ejemplo con la propia actividad. Para Alberini la genuina reforma universitaria no puede ser otra que de la cultura, la inteligencia y la conducta.

Mendoza (Rep. Argentina), Abril de 1968.